



CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 9

TOLEDO

MARZO, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

Esta mañana, a las diez, he paseado por las afueras, al pie de las murallas. Hacía una mañana radiante. El sol iba disipando poco a poco la bruma. A la izquierda, sobre una colina, entre el verde oscuro de los olivos, brillan las blancas paredes de las labores. Una línea blancuzca rompe el gris de la montaña y desciende hasta el pie, serpenteando. La tierra baja comienza: un diminuto cementerio, de un solo patio, limpio de cipreses y yerbajos, destaca en primer término. Reverbera el sol en su amplia galería calada de nichos; penden ante los nichos, puestas a secar, variadas y blancas ropas. Cuadros de verde sembradura, extensos términos de negruzcos barbechos, alamedas de desnudos olmos, se extienden a lo lejos, en la hondonada. Y más lejos, desmantelada, yerma casi, la tierra toma tintes grises, claros verdes, verdes sucios, azulados, rojizos, negros. La llanura se pierde, adusta, desolada, en el horizonte, entre la bruma. A la derecha, al fin de una alameda, amarillenta loma, otro cementerio, y una línea de cipreses que desfila, resaltando sobre el cielo, y llega a la mole del hospital de Afuera.

Brilla el sol; se oye el ronco rumor del Tajo y el persistente campaneó de las iglesias.

Azorín

(Azorín, Diario de un enfermo; Madrid, 1901)

LAS HADAS (y II)

Las hadas son muy aficionadas al canto y al baile, pasan la noche entera en rondas infatigables, en los prados y en los claros de los bosques, en compañía de silfos, gnomos y elfos, y sólo el canto del gallo pone fin a estas fiestas. En estos lugares de reunión aparecen unos anillos oscuros a los que se llama Círculos de las Hadas. Evans Wentz, en su obra *The Fairy-Faith in Celtic Countries*, habla a propósito de estas fiestas: "Sí, las Hadas existen, y aquí se las ha visto bailar con frecuencia. La hierba nunca crece a gran altura en los bordes del Anillo de las Hadas, pues sólo la más fina y corta crece en ese lugar. En el centro hay un círculo de setas de las Hadas, en el que éstas toman asiento. Son muy menuditas, y les deleita cantar y bailar. Llevan librea verde, y, a veces, chaquetas y gorros rojos".

Además de estas pequeñas fiestas cotidianas, se celebran en el mundo encantado dos grandes fiestas anuales. La primera tiene lugar en la noche de San Juan, en el momento del solsticio de verano. En esa noche, los seres encantados corren, saltan y bailan en grandes grupos por bosques, pantanos, valles y colinas. Otra gran fiesta es celebrada por los Elfos a principio de primavera, "cuando el héroe O'Donoghue, que había reinado sobre la Tierra, se alza por los cielos montado en un caballo blanco y rodeado por el brillante séquito de los elfos".

Dijimos anteriormente que la forma más habitual de las hadas era presentarse bajo el aspecto de una hermosa mujer; sin embargo, la apariencia externa de algunas es ligeramente diferente, con aspecto inquietante y aterrador, mitad mujer y mitad serpiente, o como mujer con pies de oca, y con estas formas aparecen en numerosos cuentos y leyendas, como es el caso de la famosa hada Melusina. Recordemos su leyenda según la versión de Caro Baroja: "Melusina se casó con el jefe de la familia de Lusignan, en el Poitou, con la condición de que éste no entrara nunca en la alcoba matrimonial los sábados, pues estos días se veía obligada a pasarlos en su forma natural: mitad mujer, mitad serpiente. Tuvieron varios hijos. Pero un día, sábado, el marido se puso a espiarla por el ojo de la cerradura de la puerta, viéndola tal como era. Entonces ella, notando la indiscreción, desapareció, y nunca más se volvió a verla, más que en forma de fantasma cuando iba a ocurrir una desgracia".

Otras hadas famosas han sido Fionnbhar, Aine, Cliodna, Urgele, Miala, Huldra y Morgana. Esta última es hermana de Artús y fue instruida en la magia por Merlín, y tiene la facultad de metamorfearse en ave. Otro personaje popular es Oberon, mítico rey de

las hadas y de los genios del aire, en la mitología escandinava. Es esposo de Titania (hija de los Titanes), vive con ella en la India; pero, durante la noche, atraviesa los mares y va a Escandinavia para bailar a la luz de la luna, hasta que, llegado un nuevo día, huyen y se esconden entre los árboles.

Todo este complejo y laberíntico mundo mitológico, tiene como consecuencia una múltiple gama de nombres genéricos, con los que se conoce a las hadas en diferentes lugares del mundo. En España, sus nombres sinónimos son los siguientes: donas, encantadas, fadas, xanas, moras encantadas, damas blancas, ánjanas, etc. Existe una raza de hadas maléficas conocidas como damas negras, a las que la tradición atribuye muchas desgracias de las que acaecen a los humanos. Los testimonios de contactos entre hombres y hadas son muy numerosos y variados, y gran cantidad de leyendas lo atestiguan. Aunque por regla general las hadas son muy celosas en reservar su mundo al ojo de los humanos, y suelen castigar a aquel que se atreve a violarlos. Evans-Wentz recoge una tradición existente en torno al reverendo Kirk de Aberboyle, que en el siglo XVII compiló un tratado titulado *La secreta República de los Elfos, de las Hadas y de los Faunos*. La tradición sobre Kirk consiste en lo siguiente: "Mrs. J. Mac Gregor, que guarda las llaves del viejo cementerio donde se encuentra la sepultura de Kirk, si bien muchos dicen que en ella no hay más que un ataúd lleno de piedras, me contó que Kirk fue llevado al otero de las hadas, que ella me señaló, y que se levantaba al otro lado de un vallecito que teníamos enfrente, y que aún sigue ahí, pues esta colina está llena de cuevas, y en ellas habita el "Buen Pueblo", y añadió que Kirk se apareció a un pariente suyo después de que las hadas se lo llevaron. . . Cuando se produjo la desaparición de Kirk, la gente dijo que se le llevaron las hadas, porque éstas estaban muy descontentas con él, por haber revelado sus secretos de manera tan pública como lo hizo". Otro caso curioso ronda en torno a Juana de Arco. Esta tenía la costumbre de bailar y colocar guirnalda de flores en un árbol que estaba cerca de la aldea de Domrémy, vulgarmente llamado el Arbol Encantado de Bourlemont o Arbol de las Hadas, al lado del cual hay un manantial que cura las fiebres. Una conseja corriente en la zona y de la que fue acusada en el juicio es de que "Juana fue impuesta de su misión en el árbol de las hadas".

En todas estas tradiciones, hay una parte dedicada a explicar el origen de los seres encantados. En Cornwall piensan que las hadas son las almas de los paganos muertos, antes del cristianismo, y que no fueron ni demasiado buenos para el cielo, ni demasiado malos para el infierno, y su espíritu se va consumiendo lentamente, hasta ser tan pequeños como hormigas y desaparecer para siempre del mundo. Otras leyendas de Irlanda hablan de las hadas, asegurando que son las

almas de niños muertos no cristianizados. O bien, que se trata de las almas en pena de los judíos que participaron en la crucifixión de Cristo. Lady Wilde, en un capítulo de su obra *Antiguas Leyendas de Irlanda*, dice que: "Tanto los islandeses como los irlandeses, creen que las hadas son ángeles caídos que fueron arrojados del cielo por su orgullo impío, algunos cayeron al mar y otros al profundo infierno. Los demonios los dieron conocimiento y poder y los enviaron a la Tierra donde hacen mucho mal. Pero las hadas de la tierra y el mar en su mayor parte son gentiles y bellas criaturas, que no harían ningún daño si se las dejase bailar con su propia y dulce música a la luz de la luna y no fuesen perturbadas por la presencia de los mortales". Hay zonas en donde se cree que las hadas son las almas de los druidas muertos en la antigüedad. Para los mitólogos y etnólogos el origen es diferente, algunos piensan que las ideas sobre las hadas son introducidas en Occidente por los cruzados, que a su vuelta de Oriente, vinieron contando las historias que allí existían sobre seres fantásticos como los *peri* y los *djinnns*. También se apunta la posibilidad de que tuviesen su origen en las tradiciones celtas y germánicas. Hay quien afirma que las hadas son reminiscencias de las ninfas griegas y romanas. Por último, los seguidores de la línea esotérica las clasifican como espíritus de la Naturaleza, que han evolucionado en el Reino Vegetal. Y la interesante teoría de Murray expuesta al principio, en la que mantiene la hipótesis de que el culto de las hadas son restos de las creencias de antiguos pueblos europeos.

Sobre este mundo mágico terriblemente enrevesado se ha escrito mucho, pero serían necesarios años de investigación para aclarar y ordenar toda la información existente sobre el tema. Sin embargo, existen cinco libros clásicos sobre el mundo de las hadas, que son necesarios tener en cuenta, para solventar las contradicciones que palpitan en esta vorágine de datos. Son: Schreiber, *Die Feen in Europa* (Friburgo, 1842); Maury, *Les fées du Moyen Age* (París, 1843); Hartland, *The science of fairy tales* (Londres, 1891); W. Y. Evans Wentz, *The Fairy Faith in Celtic countries* (Oxford, 1911); Goyau, *La vie et la mort des fées* (París, 1910).

Fernando Ruiz de la Puerta.

SIGUIENDO EL CLARO RASTRO DE SALVADOR ESPRIU

(Texto y traducción de M. Fernández Nieto)

Nació y murió en la Tierra (1913-febrero, 1985). Ejerció el poder de la palabra neta. Predicó la tolerancia, la honestidad, la sencillez con el ejemplo. Amó y fue amado menos de lo que pudo ser su deseo.

Esto, que suena a epitafio, no es más que el apretado resumen de un vida activa y pasiva, a veces activa desde la pasividad —desde lo que parecía pasividad—. No se sabe cómo, pero hay nombres que acumulan energía eléctrica, y que, al pronunciarlos o recordarlos, producen descargas luminosas que, si están cerradas, entreabren, siquiera sea fugazmente, las puertas de la esperanza. El de Salvador Espriu posee la rara virtud del *caliu* (rescoldo), que desentumece el alma aterida, las cosas, el paisaje.

Sus enfermedades le inmunizaron frente a muchas plagas, la peor de todas, la de la guerra. Tras su frustrada tentativa de especializarse en egiptología, termina la carrera de abogado, que no le serviría para nada: acabaría realizando trabajos menores en una empresa de seguros médicos dirigida por un hermano. (Sobre una mesa metálica, en un despacho individual, más bien sórdido, extendía con sumo cuidado, como si estuviera oficiando algún rito, como si jugara a hacer solitarios, para ordenarlas, fichas de clientes de la entidad aseguradora, en una época en que era forzoso —y penoso— subir a pie varios tramos de una estrecha y empinada escalera, entre el polvo y los escombros de las obras que se estaban realizando en aquel inmueble del barcelonés paseo de Gracia).

Le preocupó el “complejo enigma peninsular”, como lo reconoce en su prólogo a la edición bilingüe de *La pell de brau* (La piel de toro). “Ello es un indicio —una pequeña señal, claro está— de que aún hay quien adopta valientemente una esperanzada actitud. Deseo que muchos la quieran compartir, mientras leen cómo un hombre de la periferia ibérica intentó comprender (. . .) el complejo enigma peninsular”. Marzo de 1968, “Cuadernos para el diálogo”. (La primera edición en catalán apareció en 1960). Leer ese libro, en aquellos tiempos, cierto, implicaba adoptar una postura valiente. Pero, más aún, escribirlo y publicarlo. Salvador Espriu nunca dejó de escribir en su lengua vernácula, ni durante los años de las más punibles prohibiciones y, por añadidura, el contenido todo de *La piel de toro* es una larga letanía de amonestaciones dirigidas a Sepharad/España. El tono épico-quejumbroso que surge y se eleva de los poemas

de este libro trae al recuerdo *Canto general* de Neruda, sin su exaltación. El arrullo de las endechas de los que son perseguidos o expulsados en y de Sepharad también está presente y disuelve el odio, porque *Diversos són els homes y diverses les parles, / i han convingut molts noms a un sol amor* (Diversos son los hombres y diversas las hablas, / y son muchos los nombres que existen para un solo amor).

El estoico Espriu admiró al estoico cordobés Séneca; se interesó por el barroquismo de la obra de Calderón y por el esperpéntico modo de la de Valle-Inclán. Se deleitaba leyendo a Cervantes o a los místicos castellanos. Se sintió muy afín al Jorge Manrique de “Las coplas por la muerte de su padre”. No rehuyó pasar al otro lado del Ebro. Le gustaban los puentes tendidos entre dos orillas en algo diferentes.

En ocasiones sonó su nombre como posible candidato al Premio Nobel. Semejantes rumores llegarían a sus oídos de grandes orejas sólo para inquietarle. Detestaba “los premios literarios, la avaricia y la suciedad, los homenajes, el viento, el desorden y el ruido. . .” Sin embargo, reunía con creces —persona y obra— las cualidades que, según parece, son indispensables para merecer el discutido y cada vez menos prestigiado galardón. Lo habría rechazado con ambas manos, con los mismos argumentos por los que se lo hubieran podido conceder. Excepcionalmente, aceptó el “Premi d’Honor de les Lletres Catalanes”, previa renuncia a las 500.000 pesetas con que estaba dotado, en beneficio de una institución dedicada a la enseñanza del catalán.

La hegemonía de la minuciosidad y el rigor, sobre cualquier otro tipo de conducta, fue en Espriu absoluta. Para ilustrar esta apreciación, se reproduce a tamaño un párrafo de una carta dirigida a una casa editorial, que no se traduce por carecer de interés público lo que comunica, así como por las dificultades de interpretación que ofrece, dado el microscópico trazado de la letra, el uso caprichoso de mayúsculas, etcétera. Gran problema para los linotipistas, ya que, como la correspondencia, los originales de su obra los entregaba escritos a mano y con tinta. Esta caligrafía refleja un asiduo contacto con las lenguas orientales, y debe constituir una prueba apasionante para un grafólogo de categoría.

Recibir una llamada telefónica de Espriu era algo impensable. Podía molestar. Consentir en una visita a su domicilio, más aún. Pero lo hacía. La escena del recibimiento era siempre la misma. Tras una corta espera, se abría lentamente la puerta y aparecía una anciana regordeta; junto a ella, un can de pelo negro, en sortijado, donde lo tenía. No ladraba. Miraba con ojos tristes al desconocido visitante y le acompañaba hasta el momento de ser introducido en una salita. De nue-

vo, unos minutos de espera, hasta que, por fin, aparecía el poeta en batín y zapatillas. Su saludo cordial, ceremonioso, era seguido de una larga serie de justifi-

La carta que se reproduce aquí es una copia de la original (no. 12345) y la reproducción que se acompaña (en la carta o el documento S. A. 1234) es la reproducción de la original. Por que un día, alguien pensó que sólo se podía hacer una copia de la original y no se podía hacer una reproducción de la original.

caciones por su forma de comparecer en “deshabillé”: además, tenía tales y cuales molestias; apenas había dormido en toda la noche. . .

Tan débil, y tan fuerte cuando tomaba la palabra tras sacarla de la aterciopelada funda de su silencio. Hablaba despaciosamente, sin énfasis, pero con firmeza y seguridad. El hombre que se consideró en todo momento “aprendiz de escritor”; el que se definió como “solitario y agnóstico por humildad”, ahondaba una y otra vez en conceptos tales como “libertad”, “esperanza”, “tolerancia”. . . , “muerte”, su fiel compañera desde la edad de los nueve años, hasta que se unió definitivamente a ella —no puede decirse que muriera soltero—, y juntos fueron a parar a un alto nicho, donde no resultara fácil poner flores, en su querido cementerio de Sinera (Arenys), ese pueblo marinero del litoral mediterráneo medio inventado por su fantasía infantil.

En el primer aniversario de su muerte, nadie en la Piel de Toro, ni en cualquier otra parte del mundo, debería dejar de lamentar con él *la infinita tristeza del pecat/ de la guerra sense victòria entre germans* (la infinita tristeza del pecado/ de la guerra sin victoria entre hermanos). En realidad, *germans* suyos lo fueron, y lo son, todos los seres humanos que pueblan el globo terráqueo.



Pequeña antología bilingüe



Salvador Espriu en 1972

HO VOLDRIA DIR AMB ELS MEUS LLAVIS DE VELL

*Amb sofriment he vist. Ja no recordo el mar.
Camino l'últim solc, després vindrà el desert.
Sota claríssims cels, escolto com el vent
em diu el nom guanyat, aquest meu nom: "Ningú".
Seran temps de repòs, i em decanto a mirar
per darrera vegada la llum d'un llarg ponent.
Ara, sense cap por, tot sol, m'allunyaré,
nit endins, Déu endins, per la sorra i la set.*

(Del llibre *La pell de brau*)

*De la més clara
paraula, l'esperança,
cal fer-ne vida
del foc que venç per sempre
l'hivern de Sepharad.*

*Però desperto
molt aviat del somni:
és amb nosaltres,
a la presó glaçada,
també l'ocell del sol.*

*Ara s'enduen
el captiu al martiri.
Com esguardàvem
la llum dels cims als fixos
ulls que la mort entela!*

QUISIERA DECIRLO CON MIS VIEJOS LABIOS

Con sufrimiento he visto. Ya no recuerdo el mar.
Atravieso el último surco, después vendrá el desierto.
Bajo clarísimos cielos, oigo cómo el viento
me dice el nombre ganado, este nombre mío: "¡Nadie!"
Serán tiempos de reposo, y me dispongo a mirar
por última vez la luz de un largo ocaso.
Ahora, sin el menor miedo, completamente solo, me alejaré
noche adentro, Dios adentro, por la arena y la sed.

(Del libro *La piel de toro*)

De la más clara
palabra, la esperanza,
hay que hacer vida,
fuego que venza para siempre
el invierno de Sepharad.

Pero no tardo en despertar
del sueño:
también está con nosotros,
en la helada prisión,
el pájaro del sol.

Ahora se llevan
al cautivo al martirio.
¡Cómo veíamos
la luz de las cumbres en los fijos
ojos que ya empañan la muerte!

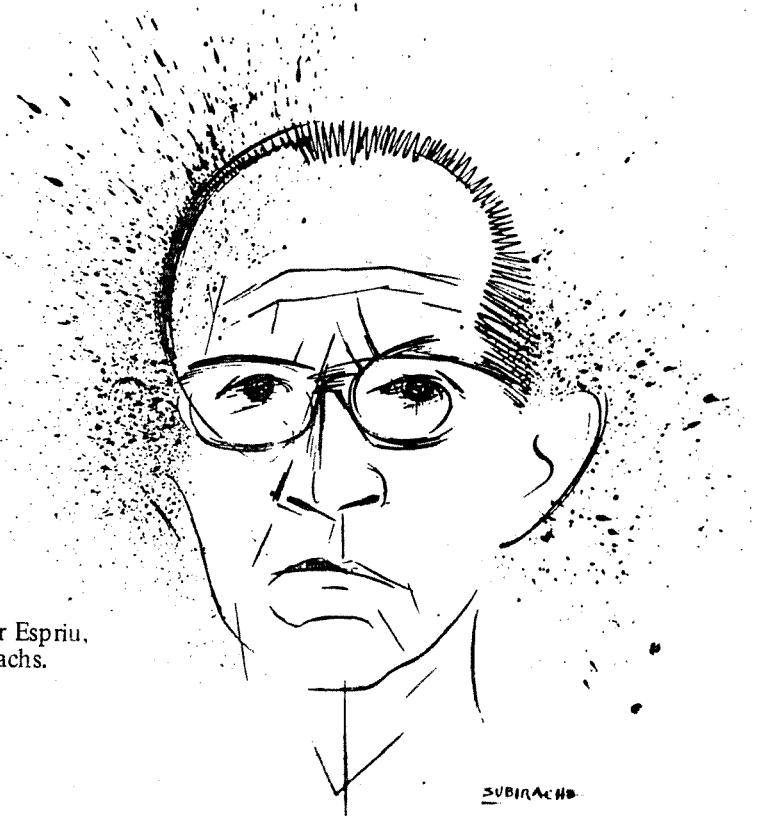
(Del llibre **Cementiri de Sinera**)

*Quina petita pàtria
encercla el cementiri!
Aquesta mar, Sinera,
Turons de pins i vinya,
pols de rials. No estimo
res més, excepte l'ombra
viatgera d'un núvol
i el lent record dels dies
que són passats per sempre.*

(Del libro **Cementerio de Sinera**)

¡Qué pequeña patria
rodea el cementerio!
Este mar, Sinera,
collados de pinos y viña,
polvos de torrenteras. No quiero
nada más, excepto la sombra
viajera de una nube
y el lento recuerdo de los días
para siempre idos.

Retrato de Salvador Espriu,
por Josep M. Subirachs.



PROMETEU

*El somni de llibertat esdevé la cadena
que em lliga ja per sempre al meu cant dolorós.
M'he compadit dels homes, de la freda tristesa
de l'estrany temps dels homes endinsats en la mort,
i els portava cristall i cremor de paraules,
clarosos noms que diuen els vells llavis del foc.
Aguila, vinguda del naixement del llamp,
d'on veus com és pensada la blancor de la neu,
cerca, per a la llum, la més secreta vida:
per al sol, palpitant, tota la nua vida.
Obriràs amb el bec eternament camins
a la sang que ofereixo com a preu d'aquest do.*

DIPTICS DE VIVENTS

*Del mar han de salvar-me
potser un vers, unes clares
paraules, mentre valguin
tota la meua vida.
Però temo que sigui
tan poc preu, que demano
a la fam dels captaires
una mica d'almoïna:
pregueu per mi, pel somni
del captiu, per la nostra
sofrença, pels qui porten
els senyals de la cendra
i mort al cor i als llavis.*

PROMETEO

El sueño de la libertad se convierte en cadena
que ya para siempre me sujeta a mi doloroso canto.
Me compadezco de los hombres, de la fría tristeza
del extraño tiempo de los hombres adentrados en la muerte,
llevándoles cristal y quemazón de palabras,
clarísimos nombres que pronuncian los viejos labios del fuego.
Aguila, venida de allí donde nace el relámpago,
donde ves como se idea la blancura de la nieve,
busca, para la luz, la más secreta vida:
para el sol, palpitante, toda la desnuda vida.
Abrirás con el pico eternamente caminos
a la sangre que ofrezco como precio por este don.

DIPTICOS DE VIVIENTES

Del mar han de salvarme
tal vez un recuerdo, unas claras
palabras, mientras valgan
toda una vida.
Pero temo que sea
tan poco precio, que pido
al hambre de los mendigos
un poco de limosna:
rogad por mí, por el sueño
del cautivo, por nuestro
sufrimiento, por los que llevan
las señales de la ceniza
y muerte en el corazón y en los labios.

UNA BODA EN SEFARAD

Se levanta la brisa y ondean las altas hojas de los álamos, ejército de crujientes banderas. Movimiento de chales sobre los hombros. Oscilan las bombillas del pequeño jardín, centelleando sobre las servilletas de colores.

En la sala no cabe un alfiler. Los niños se escurren entre las piernas de los invitados, la familia cuchichea, se saludan recién llegados, hablan de ciudades extranjeras, unas tórridas, otras heladas, hablan de la tierra que mana leche y miel. En el piso de arriba, confusas voces; en la sala de la chimenea un sitial vacío, adornado de tules y flores. Asoman dos o tres panderetas desde repletas bolsas de plástico. A Simita le brilla la cara como si llevara la luna dentro. Raquel, la vieja cantora de romances, la que llenaba las largas noches de fiesta en las calles de Tetuán le dice: —*Mazaltob y que sea para bien, y que vean mis ojos tus nietos sanos y fuertes.*

Simita recuerda a Samuel, que en paz descansa, cuando jugaba con su pequeña niña, alegría de los ojos y Alegría de su nombre. Se borran entonces las sombras de un futuro incierto y difícil.

Sí, faltaba Samuel en la hora buena. Nunca vería su niña, su reinecita convertida en una verdadera reina, coronada de perlas y esmeraldas, vestida de oro de los pies a la cabeza, reluciendo como una antigua estatua entre los candelabros.

Simita sube las escaleras. ¿Por qué se retrasan tanto? Tumulto de tías y viejas damas, velos y horquillas, voces nerviosas, murmullos admirativos cuando Anita alza el reluciente “*gemar*”, alta tiara cuajada de perlas y joyas deslumbrantes. Las peinadoras sujetan con fuerza las crenchas de pelo para mantenerlas en su sitio mientras se afianza el deslumbrante tocado; cosidas a sus costados y tapando las orejas, dos enormes arracadas de oro cubiertas de joyas, las “*algorfas*” aumentan el resplandor que enmarca el rostro dulce y oscuro de la novia. Nuevas horquillas sujetan la “*mejerna*”, pañuelo de hilos de oro con largos flecos, dispuesto con gracia ingenua. Y el velo, cubriendo los finos rasgos, delicada veladura que anuncia a la asamblea el fin del largo tocado. La novia ya está lista. Se encienden los faroles de la Hebrá, cuyos cofrades

acompañarán a la prometida en honrosa procesión. Cada cual recuerda desfiles similares por las retorcidas callejas de los Mel-lah marroquíes, la novia con los ojos cerrados, las poesías de Ben Gabirol resonando con su bella música, y la ilusión de niños, resplandor de luminarias, dulces y monedas como lluvia menuda.

La novia, vestida con la solemnidad y ceremonia de un torero, inmóvil entre el corro de mujeres que le colocan por piezas el suntuoso traje familiar, todo él de terciopelo y oro. Primero le atan la “*punta*”, pechera bordada con un motivo central; sobre ésta se coloca el “*casó*”, chaquetilla abierta con grandes botones de filigrana; la pieza de tela llamada “*chialdeta*” se enrolla al talle, coincidiendo en su parte delantera con un suntuoso motivo de ondas concéntricas. Una faja de hilo de oro sujeta con varias vueltas todo el vestido, que no lleva botones ni corchetes. Faltan las mangas postizas de tul con dibujos en oro, amplias como las mangas de las hadas medievales. Sobre el pecho, collares y dijes, y en la cabeza el centelleo de tan alta corona. La novia sale. Silencio. El crujir del vestido suena apagado entre el gentío. Se ordena el desfile. Candelabros con velas decoradas, faroles polícromos. El coro rompe a cantar:

“*Una gacela llena de gracia es la doncella. . .*”

Rebullir en el piso de abajo. Por la estrecha escalera, lenta, solemnemente, desciende el cortejo. De cara a la novia los viejos cantos que adornaron con su eco las aljamas, los portales de Sefarad La Olvidadiza.

Murmullos de admiración ante la Dama refulgente, la doncella luminosa como el día, tímida paloma de un lejano jardín.

El novio no aparta los ojos de tanto resplandor, sigue atentamente el lento paseo por la sala, ve a su prometida acomodada bajo el dosel, silenciosa, con los ojos bajos.

“*No me puso mi madre
cosa ninguna
la cara de esta novia
como la luna. . .*”

rasga el aire una vieja copla, resuenan los panderos. *Bargualás* de alegría cruzan el aire:


“*La onza de la gracia
a cómo la venderé
a cómo la venderé. . .*”



En el jardín, el viento de la tarde se enrosca en el manzano y canta. Canta una romanza olvidada, de las más antiguas. Tras las ventanas iluminadas, se quiebra una copa. Por un Templo arrasado y una felicidad venidera.

Letizia Arbeteta

DOS POEMAS



*Sé tú la casa de oro
caminada
por las claras estancias.
Perfil de luz
contra el vértice oscuro
dormido en los rincones.
Casa de plenitud
aparejada al alba.
Morada del paraíso
que librará al amado
del horror de la noche.
Casa de oro
donde crezca
la espiga sucesiva
y el vino no se escape
entre los dedos.
Arderá día y noche
la llama del hogar,
como lengua lamiendo
las palabras
que van edificando
los muros de la sangre.
Tuya será la noche
que no caduca nunca
en la memoria.
Y cantarás con el arpa
de las constelaciones
las sílabas calientes
de su nombre.*

*No te descienda el alba tu lindero
madrugado de noche,
porque en las horas pálidas
y en las nocturnas horas,
desnuda
para el extenso gozo
de mirarte,
navegarán tu cuerpo
asombradas luciérnagas.
El cálido universo
de tu mundo
—transgredido de sol
y errada luna—
ha de ser
la promesa de luz
no fugitiva
que atraviese la sombra.
El amor no se aloje
difuminado y triste
en la penumbra,
porque se corre el riesgo
de que se vuelva opaco
y silencioso.
Aprende a estar
calladamente sola
y conduzcan a ti,
que en luz te otorgas,
las distintas estelas
de tu boca.*

Luzmaría Jiménez Faro



IV

Querida amiga, no puedo decirte el sentimiento que me produce ver un pueblo abandonado, algo me araña por ahí dentro, en lo hondo.

En la iglesia, ya no tañe la campana en el bautizo, en boda o entierro, no tañe en alborozadas procesiones.

¡Cuántos secretos solitarios!

¡Cuántos pensamientos, al calor de las llamas, alrededor del hogar!

En piedras y matojos ya no se requiebran los jóvenes. Están solas para guardar las dudas, los amores pasados.

Los abuelos callaron a sus hijos los dolores de escasez sin quejarse de amargos sinsabores.

Son otros tiempos y abandona su terruño el joven, llevándose al anciano en su partida.

Por la gran ciudad andan como perdidos entre la gente, solitarios parecen, porque estas piedras no saben nada de sus vidas, y ellos nunca les confiarán sus pensamientos.

Ya no hay remedio, se mueren de añoranza, todo se ha derrumbado en su heredad, el camino se borró al no ser pisado, la tierra está dura y el arado quemado por mil soles y lluvias.

Todo desmoronado, hasta las piedras las arañasteis el alma el día del exilio.

¡Yo sé que os morís por dentro y no podéis volver a la tierra que os vio nacer, recogió vuestros sudores a cambio del vino y del pan!

Tierra, calor humano, semillas y pan te ofrecemos los amigos de la Casa de la Felicidad, si te encuentras perdido entre la gente que no conoce tu pesar.

V

Ven, querida Gloria, a la Casa de la Felicidad; aquí recibimos al amigo con nuestras mejores galas, y celebramos la felicidad ajena como propia.

Cuando veamos a tu esposo mirarse en el espejo de tus bellos ojos, nos correrá la dicha por las venas y un sollozo de alegría se quebrará en mi garganta.

Cuando nos hables con tu voz, que es música de ángeles, de las prendas que adornan la hombría de tu marido, te abrazaremos, porque eres jardinera de amor, amiga mía.

Vuestro árbol crece derecho y recio; buena semilla le concibió; y, el fruto, será, querida amiga, como racimos dorados por el sol.

Tu vida también conoció la tristeza; dos brotes te arrebató la Parca envidiosa de tu dicha.

En tu casa, los diálogos son prosa y poesía para escribir el mejor libro.

Vuestras caricias se derraman al contemplar al triste, y os alegra el éxito de vuestros semejantes.

Cuando os escuchemos se ensancharán nuestros horizontes.

La mesa vestida de fiesta espera; que no es derroche guardar lo mejor para el amigo, por eso los cubiertos serán de plata y el vino más señorial se servirá en cristal tallado.

Las viandas, exquisitas, como exquisita es tu elegancia.

Colgaremos flores en las ventanas abiertas a la vida.

VI

No te conformes con ese amor tibio.

Si tienes más quebranto que dicha, restaura tus alas quebradizas que te impiden volar alto.

El amor, si no nos pertenece por entero, es una espada atravesada en el corazón.

No pierdas los días, el atardecer es frío, largas son las madrugadas sin caricias.

No cobijes ese amor en tu seno, amiga mía; eres tierna y sensible, y te mueves como palmera mecida por la brisa del mar.

No cultives pedernal, que tu alma es blanda.

El amor que te ame como propiedad no tardará en llegar, con orgullo se colgará de tu brazo. Grabará a fuego su nombre en tu piel con letras de oro.

Brillarán sus iris cuando le envuelva tu mirada de terciopelo.

Tu cintura será camino para su mano abierta al amor.

La cascada de tus rizos dorados serán sortijas para sus dedos.

Venid los dos a visitarnos con la sonrisa y el amor recién estrenado.

Las campanas de la Casa de la Felicidad tañerán a gloria.

En el valle de las rosas, en la cabaña, os espera un lecho de palma y estigmas de maíz.

El techo es liviano, se desmonta con facilidad, por si os gusta estar cubiertos por el manto azul y dorado que os regalará la noche.

Como el amor es original y caprichoso, vuestro corazón tal vez se incline a permanecer diciéndoos requiebros a la orilla del río, cerca de la cascada grande; allí la hierba es mullida y alta, y los perfumes embriagan los sentidos.

Ya de madrugada, en la cabaña, hallaréis un edredón de encaje relleno de plumas.

No os despedáis al marcharos.

Al año próximo, en el mes de las rosas, os esperamos para celebrar vuestra dicha.

July Valdezate



00

1911
C. G. ...